

DISCURSOS

DE

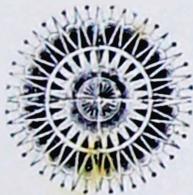
DANIEL E. PROAÑO

EN LA INAUGURACION

DE LAS ESCUELAS NORMALES

DE MAESTROS DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y LA NOCTURNA

DE ADULTOS



QUITO

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1901



EN LA DE VARONES (*)

SEÑORES :

Desde el día en que la República me dió pasaporte de ancianidad jubilándome, resolví alejarme de las festividades públicas, sobre todo de las que tienen carácter oficial. Pues los patriotas que ya sentimos sobre la frente el tibio sol de la edad proveya, debemos retirarnos al silencio del hogar, dando campo á que la juven-

(*) No me fué posible pronunciar este discurso el día de la inauguración de la Escuela Normal de Varones, porque ya eran las cuatro de la tarde cuando el Sr. Juan José García terminaba recién el suyo. Sin embargo el manuscrito lo hice entregar al Sr. Francisco Róbinson.

El recargo de trabajo que ha tenido la imprenta de la Escuela de Artes y Oficios ha motivado la tardanza de su publicación.

tud, gallarda y exuberante en méritos, ocupe la vanguardia en solemnidades como la presente. Pues ella con sus gracias juveniles, con la memoria más fresca, su erudición recientemente acaudalada y su palabra nerviosa y enérgica por temperamento, está llamada á cautivar las concurrencias de una culta Capital como Quito. Los viejos debemos gastar los postrimeros días de la vida en leer la historia de nuestra querida Patria, para alegrarnos con la memoria de sus triunfos, ó para llorar con ella la muerte de sus mejores hijos, que acaso han desaparecido al golpe cien veces maldecido de las contiendas fratricidas.

Pero cuando se trata de dar aliento á extranjeros beneméritos que han venido á poner los cimientos de un grandioso edificio de ciencia y de progreso como la Escuela Normal: el viejo y el joven, el rojo y el azul, el moro y el cristiano, todos, todos estamos en la obligación de disputarnos la Tribuna y entusiasmar las masas populares en pró de estas Instituciones llamadas á engrandecer, á dar valía y celebridad á la Patria.

Afortunadamente nada de político tiene esta festividad; ninguna bandera de partido trepala la Escuela Normal. No hemos venido á celebrar los golpes de férrea maza que los victoriosos descargan sobre la cabeza de los vencidos; tampoco queremos lamentar la derrota que bien merecida la tienen los imprudentes que han alborotado la casa materna por haberseles quitado el derecho de mayorazgo al que se han creído acreedores. Los triunfos y derrotas entre hijos de una misma madre, sólo merecen el desprecio y la vergüenza: sus hazañas á lo más deben constar entre los procesos

escandalosos que duermen execrados en los archivos de las familias en discordia.

Hoy venimos á celebrar el triunfo del progreso sobre la decadente rutina; el paso de avance del siglo XX en materia de Educación. Venimos á dejar abierto el Templo de la Pedagogía Moderna para quemar incienso en el altar del Abogado Pestalozzi, del Padre Girard, de Frœbel, de Naäs y otros contribuidores al mejoramiento de los sistemas de educación.

Perdonad solamente, Señores, la absoluta pobreza de galas literarias. Si ahora voy á ser vuestro martirio con mi palabra demasiado vulgar, vosotros tenéis la culpa padres de familia quiteños, que me habéis envejecido educando á vuestros hijos, sin darme tiempo de acaudalar erudición con la lectura de obras clásicas, para siquiera con algún mérito ocupar esta Tribuna.

Felizmente, Señores, no voy á levantarme como Diesterweg á las sublimes regiones de la metafísica en materia de educación; ni como el ilustre pensador de Wurtemberg quiero entrar en el laberinto intrincado de la psicología pedagógica; ni menos, imitando al Obispo de Orleans, pondré la educación en la esfera de lo eterno, de lo espiritual y de lo incomprensible. No ascenderé á tan nebulosa altura: mi fuerza intelectual no se hizo para escalar el cielo como los Titanes.

Me concretaré á exponer con la rápida concisión que acostumbro, las reformas más salientes que la Escuela Normal tiene que hacer en el magisterio ecuatoriano, para desviarlo de la rutina superficial que ha convertido á los alumnos en máquinas automáticas de educación.

* * *

Desde luego conviene no recargar el programa con crecido número de asignaturas; ni menos abrumar á los alumnos con lecciones.

El demasiado decorar, ó tomar de memoria muchos textos, origina la fatiga intelectual, de la que tanto se lamenta, y con sobra de razón, el Dr. Hámmond. Pues si no la locura, á lo menos motiva la idiotez, que inutiliza para la sociedad é infunde en el corazón de los alumnos ese horror pánico al estudio y á toda labor de inteligencia, dejando, como consecuencia, inutilizado el primordial objeto de los establecimientos de instrucción, cual es el aficionarlos á los trabajos mentales.

En lo intelectual base de observar las leyes del mundo físico; pues tan perfecta armonía guardan los dos, que parece que el Autor del Universo los ha sometido á una misma é idéntica norma, como para hacernos comprender que la naturaleza material encarna toda la ciencia del orden moral é intelectual.

La teoría científica del empuje de tierras, por ejemplo, muy bien puede aplicarse á la gimnasia de la inteligencia. Así como la excesiva presión rompe el equilibrio, de igual manera la demasiada tirantez de la memoria, de la inteligencia y de la atención hace perder el equilibrio de las facultades mentales, trayendo como resultado su lastimosa desorganización. La memoria es capacidad que sólo puede soportar un contenido proporcional á su consistencia: si se la recarga con el estudio de diez y más libros diarios, como inevitable corolario, tiene el

cerebro que ceder al empuje de fuerza mayor ; y viene, por tanto, el aturdimiento cuando no el mutismo ó la estupidez. El entendimiento tiene linderos fuera de los cuales nada comprende, nada ve claro ; en vez de adelantar en conocimientos retrocede, como taladro que choca en piedra granítica. El que paga el gasto de los excesos del estudio es el cerebro, la salud y la vida misma.

El estudio para provechoso ha de ser como el alimento : sano, nutritivo y en cantidad proporcionada al estado, edad y aún al temperamento del niño.

El recargo de materias en reducido tiempo trae consigo la superficialidad y, por ende, el ningún provecho para la vida práctica. De la enciclopedia prematura vienen los eruditos á la violeta de que habla el inteligente Balmes ; nacen los Andreses que, con sobra de justicia, fueron la burla de Moratín ; porque como bien lo dice Filangieri «el máximo de los enemigos que tiene la verdad no es la ignorancia sino el error».

Enseñadles poco y bien. ¿ Pues de qué le sirve la ciencia al sabio si tiene la cabeza quebrada ?

* * *

Si es verdad, como lo afirma Dénzel, que la buena educación consiste en el cultivo armónico de todas las facultades del hombre ; sin embargo lo que más conviene al niño ecuatoriano es el desenvolvimiento de la inteligencia por medio del raciocinio y de la observación.

En efecto ; cuál es el sistema pedagógico que

se ha observado en las escuelas? ¿cuáles los medios que se han tomado para el desenvolvimiento intelectual? El precepto salido de boca de adusto Maestro en forma sentenciosa y concluyente—cual veredicto inapelable de un Jurado,—ha sido lo único que ha llegado á los oídos del escolar ecuatoriano.

El magister dixit que mata el libre examen, esclaviza la razón y atrofia la inteligencia; que deja sin efecto la observación individual y el esfuerzo propio, ha sido el trinquete en que se le ha colocado al niño durante los años de su instrucción primaria y secundaria.

Las reglas aprendidas de memoria, aceptadas á ciegas y practicadas á tontas y locas, han constituido el rezo fastidioso de las escuelas y colegios. ¿Dónde la razón que examina la validez del precepto? ¿Dónde el porqué y el cómo de la regla?

El razonamiento que robustece la inteligencia, que ensancha el horizonte de los conocimientos, que descubre nuevas verdades y que ha formado á los grandes pensadores, se ha desterrado por completo de las escuelas y colegios, por temor de que los alumnos acostumbrados á libre examen, á razonar, á preguntar el porqué y el cómo de todo, levanten el velo que cubre los misterios de la Fe, lean con crítica filosófica los milagros de la Biblia y al ver que ni aquéllos ni éstos sufren el examen severo de la razón humana, suelten la carcajada de Voltaire, se hagan despreciativos como Renán, ó acaben de lanzar el grito de protesta como Lutero y Enrique VIII, ó que se entreguen como Juan Jacobo Rousseau, en brazos del naturalismo que tanta celebridad dió á su inmortal Emilio.

Vosotros, ilustres Pedagogos de la República modelo, tomad la senda contraria en la educación, antes que memoristas haced inteligentes y pensadores á vuestros discípulos, y habréis puesto el punto de apoyo en la palanca de Arquímedes para que mi Patria se levante á la cima de la ciencia y, por tanto, del progreso ; pues bien sabéis que la instrucción es por esencia progresista, y con la educación se la perfecciona y ennoblece.

Devolved á la inteligencia del niño ecuatoriano su cetro de oro para que no se torne en esclava de las preocupaciones vulgares, ni vegete en la obscuridad de una lamentable ignorancia como querían nuestros escrupulosos abuelos, por temor de que el buitre siniestro de la incredulidad bata sus negras y dilatadas alas sobre la cabeza de sus descendientes y les arrastre á los abismos.

La inteligencia bien desenvuelta no hace impíos á los hombres ; por el contrario háceles encontrar á Dios en la naturaleza ; á Cristo en el deber cumplido y el trabajo constante, y sin más esperanza de premio que hacer el bien por el bien mismo.

Devolved á la inteligencia del niño ecuatoriano sus alas de águila, y como Fránclyn arrancará el rayo al cielo y el cetro á los tiranos ; dará al pensamiento alas de electricidad, y, como Edison, vida sempiterna á la voz humana en el fonógrafo. Moderno Neptuno dominará la furia de los mares con el vapor, ó, en competencia con la luna y las estrellas, bañará las ciudades con la luz de diamante que en raudales brota la inteligencia de los sabios.

Para el cultivo de la inteligencia á vuestra vista tenéis la naturaleza material, hacedla sim-

pática ; haced que el niño busque en la materia los secretos de la ciencia : hacedles comprender que Dios no está en el cielo sino en el suelo ; es decir personificado, encarnado en esta misma materia que hollamos con nuestros pies y palpamos con nuestras manos. Llevadles á un jardín zoológico y hacedles ver en el murciélagó al egoísta, en el chacal al asesino, en el jaguar al déspota ; en el tigre, la hiena y la pantera á los tiranos de todos los lugares y tiempos ; mostradle al republicano en la hormiga, al industrioso en la abeja, y al fabricante honrado y laborioso en el gusano de seda.

Bien sabéis que los hombres que han querido levantarse más allá de la atmósfera terrestre en alas de la metafísica trascendental, tuvieron en la Edad Media el desastroso fin de morir entre las cuatro paredes de un Manicomio, atrofiados de la inteligencia y perdidos de la razón. No : á los niños no les habléis de cosas abstractas : vuestra enseñanza sea concreta, tangible y vuestra filosofía el positivismo. Como los obreros de París perfeccionad al hombre perfeccionando la materia. Contribuid á robustecer el cerebro escolar antes que resblandecerlo con el estudio de las esencias divinas : piedras graníticas y angulares donde se hace pedazos la razón humana cuando imprudente las embiste. Locura temeraria la de esos filósofos que se han propuesto estudiar á un Dios que voluntariamente se oculta, porque él mismo no quiere que la humanidad le comprenda.

Para vigorizar el intelecto, bien habéis hecho de establecer la enseñanza objetiva y de intuición. En mis folletos de «La Educación Popular» podéis leer las lecciones objetivas de la esponja, del pan y de la comparación de los

animales con las plantas; del uso del ábaco, de la enseñanza mental de aritmética y algunas conferencias prácticas de gramática, etc., etc. (*)

En vuestra «Escuela Normal» estableced la instrucción sin libro: que tomen de memoria solamente el vocabulario francés é inglés; las demás asignaturas enseñadles prácticamente, por medio de explicaciones orales, intuitivas, objetivas y ejercicios de gimnasia intelectual. Así vuestras Escuelas Normales llegarán á la altura que merecen.

Desterrad por completo las lecciones áridas, secas y abstractas de los maestros de antaño.

Ellos entraban con libro á la clase: nada podían explicar sin tener un ojo en el texto y otro en el discípulo.

Los antiguos se contentaban sólo con dar más claridad á las definiciones y reglas que debían aprender de coro los escolares, no importándoles un pito el cultivo armónico de sus facultades. Los antiguos son los que hacían estudiar de memoria la gramática, la aritmética, la geografía, la historia; pues para esas *medianías ó nulidades* parecíales un imposible el que se pueda dar una instrucción completa sin que los alumnos aprendan lecciones de memoria.

Vuestra responsabilidad es grande, ilustres

(*) En 1877 tuve la honra de haber establecido en mi Colegio de la Santa Infancia los hoy llamados «Nuevos Métodos: el de intuición, el objetivo, y el de cartografía para la enseñanza de geografía. En los Colegios de Bahía y Portoviejo, el sistema llamado «instruir sin libro» me dió resultados muy satisfactorios.

Tengo la honra desde 1891 de haber vulgarizado los «Nuevos Métodos» Norte-americanos de lecciones objetivas, como pueden leerse en las páginas 26, 58 y 59 de «La Educación Popular». —Tomo I.—Año de 1891.

Pedagogos. Para servir de modelo, de norma, de espejo de cuerpo entero á los jóvenes maestros, el que los forma debe ser flor y nata del magisterio, y selecto en todo; sobresaliente en inteligencia, en instrucción, y de conducta immaculada.

* * *

Sicut magister ita discipuli, es máxima que jamás debéis olvidarla, para cumplir bien vuestros sagrados deberes.

A que colaboren con vosotros llamad á los mejores Pedagogos de la República. En todas las provincias los hay y muy sobresalientes. No permitáis que los ignorantes, los rutinarios y los viciosos profanen vuestra Escuela Normal. Porque un maestro formado por un maestrillo; es decir por una medianía, una nulidad, ¿qué maestro será? Un vicioso, ¿modelo de qué puede ser? ¿Cómo puede servir de norma un rutinario?

Si queréis que vuestra Escuela Normal prospere, recabad del Gobierno la creación de *becas*: no para internos; sino para jóvenes de ambos sexos que, como *externos*, se comprometan por contrata á seguir los cursos normales bajo las condiciones de los estudiantes becados de Farmacia.

En esta Capital hay más de ochenta señoritas y jóvenes que sólo esperan ser favorecidos por el Gobierno para acudir á vuestras clases; pues si pobres necesitan algo para calzado y vestido; y si forasteros para su manutención.

* * *

Para el desarrollo intelectual estableced también en el Ecuador las excursiones científicas con vuestros alumnos. Llevadles á los museos universitarios, á las fábricas vecinas, á que prácticamente vean lo que es un sistema de poleas, un cric, un torno, un cabrestante, etc. Quizá, como fruto de exploración, más tarde tendrá la República científicos sobresalientes en todos los ramos de la industria. En esos centros de ingenio conoce el alumno cuánto vale la actividad, la observación y la constancia en el estudio de la naturaleza.

* * *

Otra de las facultades que tenéis que cultivar de preferencia es la Razón.

Facultad poderosa que generaliza los frutos de la observación.

Enemiga declarada de las escrupulosidades religiosas, de los engaños de secta, de los milagros y misterios, de profetas, brujas y pitonisas.

Víctima hasta hoy del dogmatismo *ex cátedra* y de todo lo que huele á despotismo, rutina y trinquetes en la enseñanza.

La Razón es la demagoga ilustre del Siglo XX, que se meció en la cuna de Descartes y mamó la leche de la duda universal, y que se duerme arrullada con el canto de la incredulidad. Unas veces llorona como Heráclito y otras alegre como Demócrito, ansiosa de verdad y ciega de saber, á veces se estrella contra la roca del escepticismo absoluto, pero siempre adelanta, progresa y domina.

La Razón es la altanera que soberbia pisó los pergaminos inquisitoriales de la Edad Media. La mujer hermosa que con el gorro frigio en la cabeza y la banda tricolor sobre los ebúrneos pechos, se paseó por las calles de París devolviendo el libre examen á la Ciencia, la palabra y la libertad á la Prensa y los derechos del hombre á la República. Inspiradora de Robespierre, Bergneau, Demoulin y cien otros exaltados, vivirá siempre en el corazón de los pueblos libres.

Cultivad la Razón y de vuestra Escuela Normal saldrán las inteligencias pujantes, que poniendo los pies sobre el criterio de Autoridad, levantarán la frente como Spinoza, Berkeley, Kant y Cousin.

Si cultiváis la Razón, con dificultad creerán vuestros alumnos que Josué detuvo el sol, porque esto se opone á las leyes de la dinámica celeste. Tampoco se convencerán de que Gedeón venció al enemigo rompiendo cántaros en su presencia, porque se opone á los principios de la Táctica militar moderna; ni menos que cayeron las murallas de Jericó al sonido de las trompetas, cuando tanta dificultad cuestan á los cañones de retrocarga el despostillar las que soberbias y robustas se alzan entre la Tartaria y la China.

Todas vuestras lecciones comenzad por esta frase concisa y enérgica: *Ratio dicit.*

* * *

Cultivad también el instinto de observación. El carácter del talento sobresaliente está en observar mucho y generalizar bastante.

A no haber observado las propiedades del azabache todavía dormiría en el olvido la teoría del rayo. De la caída de una manzana á los pies de Newton nació la ley de la gravitación universal. Si Pitágoras no hubiera parado la atención en los martillazos de un herrero vecino, la música habría ignorado la relación de los sonidos. Sin las observaciones climatológicas de Permentier no se hubieran hecho parisienses las patatas, ni el tabaco se quemara en las pipas monstruosas de los alemanes, ni el café perfumaría las mesas de los ingleses.

* * *

Si veis que á los Ecuatorianos nos falta *constancia* infundid en el corazón de vuestros alumnos esta preciosa virtud. Referidles los esfuerzos de Képler, los trabajos de Leverrier y las infatigables investigaciones del químico Lavoisier.

Haced que piensen con libertad; satisfaced su curiosidad espiritual; instruídes en el *por qué y cómo* de las reglas y de las cosas, y dadles tiempo para que reflexionen. Oídes con paternal paciencia sus dificultades, y cultivad el modo de pensar recto, de hablar sencillo y franco de la niñez. Vuestro deber es ayudar á la naturaleza, no atrofiarla. Nosotros los Ecuatorianos quedaremos satisfechos si de vuestras Escuelas Normales salen jóvenes reflexivos como un alemán, calculadores como un inglés, inventores y empresarios como un norte-americano, religiosos como un español, insinuantes co-

mo un francés y sufridos como nuestros *naturales*.

* * *

Desde pequeños hacédles que amen la libertad y la República. Y para que tengan horror á los déspotas, á los tiranos y á la monarquía, mostradles con el dedo le cabeza de Luis XVI y el cuerpo pedaceado de Maximiliano I; enseñadles los cabellos rubios de María Antonieta, y en la punta de vuestro bastón levantad la túnica ensangrentada de César.

* * *

Por lo que hace á Religión dejadle con la suya al niño ecuatoriano.

La Fe es el tesoro de las familias; la herencia de nuestros mayores: respetalla.

Como Descartes no toquéis ni con el dedo el sagrado Tabernáculo de las creencias de un pueblo:

Pedagogos sois, no sacerdotes; propagandistas de la ciencia, no representantes de una secta; vuestra misión es formar profesores para las escuelas, no prosélitos para determinada creencia.

Como Federico el Grande, dejad que en el Ecuador cada cual suba al cielo por la escalera que más le agrade.

Terminaré mi discurso con las siguientes es-

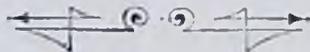
trofas que podéis tomarlas de memoria, porque resumen vuestros deberes.

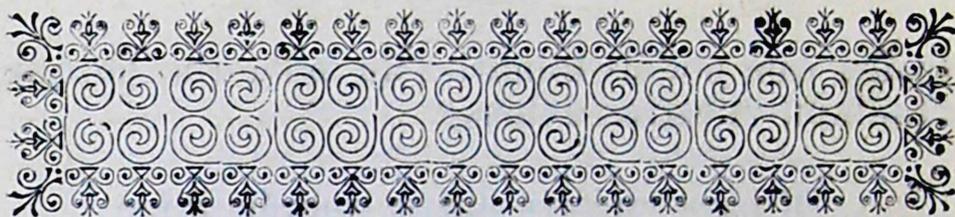
Si para vuestra patria queréis fama
Y que la mía aplauda vuestros hechos,
De amor al bien alimentad la llama
Y en el *deber cumplido* andad derechos.

Al niño ecuatoriano dadle ciencia,
Dadle carácter, y constancia y brío;
Cultivad su razón, su inteligencia,
Libre que accione como el mar bravío.

Quienes no importan al extraño suelo
Ciencia, y trabajo, y economía, y juicio,
Y del progreso no levanta el vuelo,
No merece posada ni en el quicio.

Daniel E. Proaño.





EN LA DE SEÑORITAS

SEÑORES :

Silenciarme en un acto tan importante como la inauguración de Institutos pedagógicos, fuera en mí imperdonable falta de patriotismo, y, con sobrada razón, me avergonzaría de no haber contribuído á solemnizar con mi humilde palabra esta fundación que, á decir verdad, entre las obras de progreso coronadas, será la más gloriosa de la Administración liberal y la más fecunda en bienes para todas las clases sociales. Lo sentible, Señores, es la carencia absoluta de dotes oratorias para interesar vuestra atención y hacer recreativo el cortísimo tiempo, que os molestaré. Envejecido en las faenas

del magisterio, no tengo más lenguaje que el sencillo y franco de la niñez: desnudo de novedades en la forma y pobre de galas de elocuencia. Confiando, pues, en la benevolencia de tan ilustre concurrencia, no haré más que bosquejar á grandes rasgos la importancia del Instituto pedagógico.

Así se hará tangible la magnitud de la obra moralmente colosal iniciada, continuada y llevada á cabo por la entusiasta Administración oficial presente, compuesta en su totalidad de compatriotas envejecidos en las batallas de la política; quienes, sin soltar las armas como los romanos, han engrandecido á la República con obras de indisputable valía, realizando así el prestigio é imperecedera gloria del Partido político que tan digna y gallardamente representan.

Hablar de la importancia de educar é instruir á la mujer; presentarla en brazos de su antigua decadencia durmiendo el sueño de muchos siglos parece innecesario en estos tiempos en que el pan de los sabios es la historia. Nadie ignora el misérrimo estado en que yacía la parte más bella de la humanidad, mientras los soberbios Césares paseaban su carro triunfal por el ámbito del mundo. Todos saben que cerca del Areópago donde resonaba la elocuencia de los Oradores, y, acaso, el arrebatado canto de los poetas, se traficaba á la mujer griega, como objeto de lujo, ó para llenar los vacíos de alguna habitación turca. Sólo cuando el lábaro de Constantino se alzó triunfante sobre la cumbre del Capitolio, logró la mujer verse libre de sus opresoras cadenas; pudo levantar su frente abatida con la esclavitud secular, y mostrarse al mundo civilizado con toda la hermosu-

ra de sus ojos y todo el valor de su alma nacida para la ternura. Desde entonces la civilización moderna la estrechó en sus brazos; dióle asiento regio á su derecha, proclamándola ángel de felicidad en el hogar doméstico. En consecuencia de su libertad, la vemos nadando en hermosura y derramando gracias en la sociedad; y, por doquiera, compitiendo al hombre en señorío y majestad. Quiso pulsar la lira, y lo hizo con tal maestría, que logró preferente asiento junto á Gertrudis de Avellaneda, en el templo de Apolo; tomó la pluma de oro de los mejores literatos, y se ciñeron de laurel Mdme. de Sévigné y de Maitenon. Defensoras de la libertad, blandieron la espada del guerrero como Juana de Arco, ó dieron su cuello de marfil á la cuchilla del verdugo, como Carlota Corday. El siglo XX ha ensalzado á la mujer hasta convertirla en semidios de la tierra. Europa entera y Norte América hanle franqueado los sillones de los más honoríficos empleos, para manifestar que la corona regia del varón es la mujer.

En nuestro Ecuador, bien sabéis Señores, después que el canto de libertad resonó en el Pichincha, gracias á la espada invencible del invencible Sucre; cuando todavía en la cima de Panecillo gruñía el León de España al verse arrinconado y vencido, no se echó en olvido á la mujer. Al ilustre Rocafuerte cúpole la gloria de fundar el primer colegio de señoritas en Quito; y al General Alfaro le ha cabido la honra de levantar á la mujer á la cima de la grandeza, franquándole las puertas de las Universidades para que dispute al hombre la muceta del doctorado. ¡No vemos á la Srta. Palmieri, brote precioso de la Perla del Pacífico, arran-

car del sexo fuerte el lauro del saber en los torneos del estudio? Hoy se ha completado sus días de gloria con la fundación del Instituto Pedagógico, cuyas consecuencias benéficas son incalculables.

Señores: el pedagogo de los tiempos actuales no es el esclavo romano que conducía á los niños á los centros de instrucción en la ciudad de los Césares; no es tampoco el esclavo griego comprado en valioso precio para que sirva de custodia á los descendientes pequeñuelos de la casa de los Fabios y Cresos. ¿Sabéis quién es el pedagogo de hoy? Es el viejo encanecido en las escuelas de Berlín, á quién se le consulta como á sabio y se le distingue como á miembro de familia. El pedagogo de hoy es Froebel, Pestalozzi, Fénélon, Rollín, Dupanloup: es la pujante inteligencia consagrando los más preciosos días de la vida á la instrucción de la niñez. Es Sarmiento amaestrándose en las tareas escolares, para más tarde empuñar el mando de la República.

De la excelcitud del pedagogo se desprende la importancia de los Institutos pedagógicos.

Si la milicia tiene su táctica para disciplinar al soldado á que triunfe de sus enemigos ahorrando víctimas, pólvora y municiones; también el pedagogo necesita de estudio técnico para combatir la ignorancia hasta en sus últimos reductos, haciendo que la niñez triunfe sobre la invasión de los vicios, que mayores males causa á la sociedad que los extragos de la guerra.

Si el Jurisconsulto tiene sus años de práctica antes de descender á la palestra en defensa de la justicia y del derecho; con mayor razón el pedagogo que tiene que dar á la Patria exce-

lentes ciudadanos, observadores fieles de las leyes y dechados de virtudes cívicas.

Si el Médico ha menester de laboratorio donde estudie la anatomía y haga prácticas las teorías de las aulas universitarias, también el pedagogo necesita un laboratorio para el estudio de la antropología en su parte más noble é interesante como es el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y morales de la infancia.

Si los señores de claustro tienen sus años de retrete antes de subir á la tribuna de la elocuencia sagrada ; porqué el apóstol de la niñez no ha de tener su noviciado donde temple su carácter, amaestre su enseñanza, como misionero de Dios, y aun acere su alma para la terrible lucha contra los enemigos de la luz ? Nadie como el maestro está llamado á padecer : “ la sociedad le mira de reojo y con desconfianza ; se le exige el jugo de su saber y el sacrificio de una vida aislada y miserable ; y por sola recompensa, tiene el olvido y la ingratitud. No obstante de ser el sacerdote de la civilización que prepara el porvenir, forma ciudadanos útiles, suaviza las costumbres, educa las masas y morijera á los pueblos ”. Es el Cristo coronado con las espinas de la enseñanza , que apoya la cruz del magisterio sobre sus hombros y asciende camino del Calvario hasta morir, sino afrentado, á lo menos olvidado de la sociedad y de sus favorecidos.

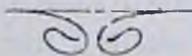
Ilustres pedagogos traídos del corazón de la Gran República Modelo, en vuestras manos está el porvenir de mi querida Patria ; haced el bien en la mayor esfera posible. No se anide en vuestros pechos la insaciable codicia ; porque os tornaréis en despreciables explotadores

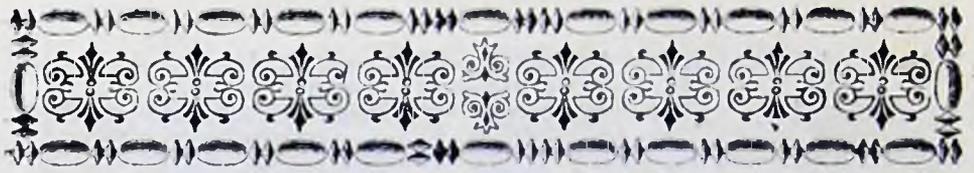
del pueblo que os ha llamado para daros el mejor asiento. No deis cabida en vuestro corazón al egoísmo, pasión rastrera y mesquina de las medianías, porque ella perjudicaría á la niñez que finca su grandeza de mañana en el tesoro de vuestros conocimientos. Huíd de la rutina ecuatoriana que puede contagiaros y que, hoy por hoy, es el cáncer de nuestras escuelas. Enseñad con liberalidad á vuestros alumnos los secretos de la Pedagogía Norteamericana. Desterad por completo de vuestros Institutos los sistemas rancios que más de treinta años han tomado asiento en el magisterio, debido á la indiferencia de nuestros gobiernos. Haced que desaparezcan de la República los educacionistas superficiales que han resuelto no descartarse una línea del camino añejo de sus mayores en preocupaciones y en rutina.

Sobre todo, quitad de vuestra mente aquello de "al país donde fueres haz lo que vieres:" máxima que inutilizó á ciertas Corporaciones docentes que por ello han sido causa de nuestra obscuridad y atraso. Como tenéis la obligación de mejorar la enseñanza en las escuelas ecuatorianas, vuestra máxima sea:

« Llevad á donde fuéreis »
« La civilización que pudieréis »

He dicho :





CANTO

dedicado á los benefactores de la instrucción primaria

I

Te evoco reverente,
Sol de los Andes, magno Chimborazo :
Ostentación sublime
Del Dios eterno : emblema refulgente
De Ecuatoriana Alteza,
Donde las huellas de su gloria imprime.
El torrente impetuoso de los siglos
Que arrastra al Mundo como pluma leve,
Tus bases de diamante no conmueve.
La Espada misma, Majestad de un día,
Que las generaciones alborota ;

Atomo de Poder que se despeña
En el raudal de sangre que ella brota,
De tus hazañas la enlutada historia,
Jamás ¡ oh Rey ! eclipsará tu gloria.

Los Bienhechores sólo ;
Los que su mano extienden al pequeño
Y dilatan el bien de polo á polo :
Sólo ellos, Chimborazo,
Emulos dignos son de tu grandeza ;
Sólo ellos pueden superar tu alteza,
Sobre tu frente descansar el brazo.
Para cantar benéficas sus glorias,
¡ Oh quién me diera del Poeta griego
La lira y plectro, y su divino fuego !

II

Eterno oprobio de los libres Andes
Y del Inca infeliz para desdoro,
En tierra ecuatoriana
Clavó sus garras la Conquista Hispana :
Buitre insaciable que se hartaba de oro.
Sobre sus alas vinieron las cadenas ;
En su pico enroscada la ignorancia,
Y palpitante el vicio entre sus venas.

¿ Dónde la luz de la instrucción, Infancia ?
Sentir en las arterias
La helada sangre del esclavo inherte
Fué tu llorada suerte,
¡ Infeliz artesano,
Víctima siempre del furor tirano !
De los Conquistadores,
¿ Quiénes los sabios de profunda ciencia ?

Talvez Pizarro, Almagro, ó Benalcázar ?
¡ Y quiénes los Mentores
De sólida virtud, de inteligencia ?

.....
Silencio ¡ oh Musa ! que el rubor me sube
Cual del Averno pestilente nube.
¡ Conquista desastrosa,
Delirio halagador del Despotismo ;
Azote de los grandes,
Terror de los pequeños :
Con estruendo despéñate al abismo ;
Tu planta inmunda quita de los Andes !
De tiranelos los adustos ceños
Republicana indignación merecen :
Do hay un Bruto, los Césares perecen.

III

Viendo á Colombia sucumbir en brazos
De la Ambición y de la Codicia ciega,
De sus laureles el Valor reniega ;
La Victoria su carro hizo pedazos.

Al verse emancipadas, y tan presto
De esclavas viles en su propia estancia,
Las Hijas de Bolívar se arrepienten,
Lloran sin tregua contemplando roto
El cetro de dos mundos,
Eclipsada la gloria de Numancia
Y hechos girones los maternos lazos.
La Paz ecuatoriana,
Que Sucre nos legara por herencia,
Sobre nubes de nácar voló al cielo
Bañada en sangre hermana ;
Y huyó la libertad del patrio suelo.
Entonces como sierpes

Que surgen de los bosques, asomaron
Advenedizos sátiros, pigmeos,
De sus vicios envueltos en la escoria,
Que el despotismo infame levantaron
En escarnio del hombre y de la historia.
¿ Dónde el colegio, y dónde los liceos ?
¿ Do para el artesano
El trabajo que le hace soberano ?
Junto al montón de Próceres quiteños
Que en el Pesillo victimados fueron,
Murió el progreso, se expatrió la ciencia,
Se ocultó la virtud en su retrete,
Y en el templo sagrado la conciencia.
¡ Oh Tarquinos ! ¡ oh Déspotas malvados !
El Pueblo rey que el gorro frigio ostenta,
Que empuña el cetro de los hombres libres,
Es el león que á vuestras puertas ruge :
La tempestad que en vuestra sien revienta :
Escarmentad. . . Si alzáis vuestras cabezas,
Os veréis como canes, arrastrados. . .
Y vuestro solio volará en pavesas.

IV

¡ Oh Rocafuerte, austero compatriota,
De altivo pensamiento, alma romana !
Tus enemigos en su rabia insana
En vano intentaron
De la Patria arrancarte ; en tierra ignota
A que pruebes el pan del ostracismo
En lágrimas deshecho
Y la nostalgia te devore el pecho.
Cuántas, el Despotismo
Dueño del solio y del abuso dueño,
Más infatuado mientras más pequeño,
Quiso imponerte en el recinto mismo
De Solón y Licurgo ;

Mas tu carácter inmovible, fuerte,
Como en airada mar enhiesta roca,
Dejó burlada su amenaza loca.

Baluarte de las leyes, Rocafuerte,
¿ Acaso consiguieron
Acobardarte ni malearte nunca
La vil lisonja y la calumnia aleve ?
¿ Y el palaciego peculado, un día
Logró siquiera á tu honradez severa
Seducir cual seduce,
En apartado Ganjes
A la Codicia del Sultán rastrera ?

Para dechado de la Patria mía,
Como radiante sol la banda luce
Que tus virtudes cívicas honraron ;
Ni en el supremo solio
Hay mancha vergonzosa
De oculto negociado y robo infame ;
Ni de sicarios las sangrientas huellas
Que el chacal olfatea, y el tigre lame ;
Y ante la Historia presentaste ufano
Limpias tus manos de la estafa odiosa.
¿ Cuál tu conato fué, tu pensamiento ?
Hacer que ascienda del saber al Templo
El bello sexo y la estudiosa infancia ;
Hacer que el artesano,
Dejando el bajo asiento
Donde se arrastra el vicio y la ignorancia,
Cual cóndor en alas de su ingenio
Audaz traspase la región del viento.
¿ Oh luz de Magistrados, Rocafuerte !
Como aristas de fuego
Que ávidas buscan eminente altura,
Radiante ascenderá la intensa llama
De tus virtudes en la edad futura.

Y

Pedro Moncayo, historiador austero,
Ilustre imbabureño :
De tu inmortalidad sacude el sueño,
Ven á mi Patria que exhibirte quiero
Cual del artista y de la infancia amigo.

Allá en la margen del glorioso Maipo
Que lloró sin consuelo en tu agonía,
Se apagó sin testigo,
De solitario templo cual bujía,
Tu excelsa vida de virtudes llena.

Honor de sabios, ínclito Moncayo,
Robusto atleta de invencible brazo :
De política aciaga
Al circo descendiste como un rayo,
Y en lid tremenda que envidiara Esparta,
Envuelta en sangre sucumbió primera
Del patrio despotismo la pantera.
¡ Honor y gloria al indomable Atleta,
Que entre aplausos y vítores, en carro
Triunfal traspasa la apartada meta !

El oro que Minerva
Atesoró en tus arcas, dí, ¿ qué has hecho ?
¿ Al débil sexo le compraste el goce
Que el genio apaga y que enardece el pecho ?
¿ Dístele asiento en la modesta estancia
Al vanidoso lujo ?
Jamás. Austero siempre, y siempre parco :
La primera pasión y la postrera
Que á padecer y á trabajar te indujo ;
El aguijón de tu virtud severa ;

De tu esperanza el deleitable sueño
Fué levantar al niño imbabureño.

¡ Eterno viva tu bendito nombre
En la memoria de la grata infancia,
Moncayo excelso. Levantaste al hombre
En su edad de esperanza,
Justo es te colme de honra y de alabanza,
Que el resonante Chota
En ecos lleve el ruido de tu fama
Del Indio y Cafre á la región ignota,
Sorprenda al Polo, y á la Europa asombre.

VI

Vicente León, padre de la infancia,
Y padre generoso :
La luz fué tu alimento :
Del Cotopaxi ¡ oh cóndor majestuoso !
Rival del sol, monarca de la altura.
¿ Por qué bajaste del soberbio asiento
De la Magistratura ?
¿ Por qué la Toga despreciaste honrosa,
En cambio de una vida
De espantoso destierro,
Y voluntario, eterno,
De perpetuo dolor, perpetuo invierno ?
Tu gloria de patriota,
Tu sensata locura :
Vivir cual vive forastero ilota ;
Como rígido sabio
Tu estancia convertiste en sepultura :
La mente arriba, el corazón abajo,
Esclavo del deber y del trabajo.
¿ Cuál la grandiosa idea ?
¿ Cuál el secreto, el noble pensamiento

Que tu ánima recrea,
Y alegre te resigna al sufrimiento ?
Sin patria y sin amigos,
Cual sabio explorador de inculta selva,
En el trabajo consumir la vida,
Y apagarte sin ruido ni testigos,
Por la infancia querida
De tu provincia idolatrada y bella,
Esa fué tu pasión, ésa tu estrella.

VII

Venid ; oh Musas ! en radiante coro
Y el Mundo admire el armonioso canto
Que á los Próceres de mi Patria ensalce,
Trenzad en hilo de oro
Guirnaldas de laurel y de amaranto,
Para ceñir la frente esplendorosa
De León, Rocafuerte y de Moncayo :
Constelación radiante,
En el zenit de vuestra gloria os veo
Compitiendo con Diana en resplandores.
Abrid el templo de los grandes hombres,
Y en letras de diamante
Eternizad los venerandos nombres
De Valdivieso, Villaroel, Bermeo,
Mientras la Fama en lenguas mil pregone
Preclaros vuestros nombres, vuestros fastos,
Y haces de luz la Gloria os amontone :
¡ Oh Padres de la infancia,
Del Arte protectores,
Del Dios eterno fecundante aliento,
Subid del Sol al encumbrado asiento !

Quito, Marzo 3 de 1901.

Daniel E. Proaño.